

## EL LENGUAJE Y LOS NUEVOS ASPECTOS DE SU FUNCION SOCIAL EN NUESTRO TIEMPO

*Por José Luis Bustamante y Rivero*

(Discurso de orden pronunciado en la sesión pública del 21 de abril de 1972, en conmemoración del Día del Idioma).

Señores:

Si en un día como hoy, pero medio siglo atrás, hubiésemos querido celebrar en un acto académico la fiesta del Idioma, no parece difícil imaginar cuán atrayente y hacedero habría sido pergeñar un programa de ceremonia. A modo de apertura, la palabra de alguna alta autoridad de nuestra lengua para loar las excelencias del habla de Cervantes. Luego el desenvolvimiento de algún tema erudito: la glosa de un cantar de gesta, o una incursión en las crónicas de autores coloniales, o el comentario crítico de una novela costumbrista. Y, flotando en el ambiente, un aura deleitable de ensoñación estética, una callada evocación de esa impalpable y alada maravilla que es el símbolo fonético articulado, juguetón o solemne, armonioso o transido, que de labios afuera vuelca al mundo exterior las risas y dolores del alma o pone bridas de eufonía al agitado galopar del pensamiento.

Así probablemente se habría desenvuelto la celebración de esta fiesta de la Lengua hace unos cincuenta años. Y es

que en aquel entonces, relajados ya los ánimos tras el horror de la primera guerra mundial y volcadas las mentes a una esperanza de concordia humana, el hombre de la post-guerra entre convaleciente e iluso, no alcanzaba aún a percibir ese fermento de soterrados problemas sociales que germinaban en los escombros de la recién extinguida conflagración.

Hoy abordamos el Día del Lenguaje con una muy diversa disposición de espíritu según la cual no sabríamos precisar con nitidez si lo que más impresiona nuestra percepción sensitiva es el contenido grandioso del fenómeno lingüístico universal o el peso de la misión que las nuevas coyunturas sociales echan encima a ese viviente instrumento de la expresión oral y escrita. Y he ahí porqué ahora el orador de la Academia cavila entre limitarse a dar a su discurso el aire de una loa ritual a las bellezas literarias del bien decir o dedicar sus reflexiones al examen de los nuevos caminos que la transformación del mundo señala a los lingüistas en el intento de hacer de los idiomas los condignos intérpretes no sólo del progreso estético, científico y técnico, sino también de las ansias y los objetivos del hombre de nuestra época.

Más fácil es, a no dudarlo, optar por la primera alternativa; pero juzgo poco menos que imperativo pronunciarse por la segunda al pensar que un sentido razonable de responsabilidad nos solidariza a todos en lo que ha de ser el destino futuro de nuestra generación. El proceso del mundo se ha caracterizado ya muy claramente en el decurso de las últimas décadas como un proceso aglutinante de integración universal, al que ningún pueblo es ajeno y en el que ningún aporte es desdeñable. Todos, pues, navegamos en el mismo barco. En lo pequeño o en lo grande, cada quién debe aportar a la elaboración del mañana un elemento de consejo o de crítica, una iniciativa oportuna o un llamado de alerta, un estímulo de superación en el obrar

o un chispazo de luz en la angustia del discurrir, para así incrementar en sus más nobles estratos los logros de la cultura y depurar y sublimar los valores de la civilización.

Tratemos, pues, de enfocar en una visión de síntesis el panorama mundial de nuestro tiempo para luego inferir las influencias que esa realidad determina en el campo lingüístico, en la evolución de las lenguas y en la actitud social de los lingüistas; muy particularmente en lo que concierne a nuestro país y a los problemas del habla peruana.

## I

La época en que vivimos pesa sobre los hombres y las cosas con una gravitación distinta de la de otras edades, con un género de gravitación a la vez insegura y aplastante que, a la par que nos trae el asombro de estupendas conquistas, nos arroja puñados de ansiedad. Nuestra era nos brinda —lo sabemos— suceso de prodigio: es un período de apogeo del cerebro humano. Las matemáticas campean con indiscutible dominio en el área del pensamiento científico-filosófico, marchando de la mano con la lógica. Ellas hacen de los números y el cálculo esclavos obedientes de sus infalibles teoremas y base necesaria de las otras ciencias. Se afanan por lo grande y lo pequeño: cuentan al microscopio los millones de glóbulos de la sangre y miden por millones de años de luz la distancia a las estrellas. Partiendo de la base del átomo invisible, determinan los índices realmente demoniacos de la potencia de la energía nuclear; y calculan al centésimo de segundo el raudo itinerario de los viajes astrales. Einstein es el mago de las matemáticas; y, en un rasgo genial, se vale del número, símbolo de lo exacto y lo preciso que se parece tanto a lo absoluto, para enunciar ante el estupor de las gentes su teoría de la relatividad. La electrónica ha revolucionado el mun-

do del maquinismo; y desde los tableros de una estación terrestre el botón electrónico de control remoto enrumba los artefactos espaciales hacia los yermos de la Luna y los posa sin titubeos sobre landas salpicadas de cráteres dormidos. Los computadores cibernéticos aprenden a “pensar” y a acuñar respuestas para entablar su diálogo con el hombre. La física ha creado la astronáutica para equipar navíos siderales que visiten y exploren los cuerpos celestes de nuestro sistema solar. En la doble función de corresponsales y centinelas, los satélites artificiales giran en órbitas trazadas por la mente humana para retrasmitir los mensajes que la tierra les envía, para allegar al hombre datos de observación científica automáticamente recogidos y también para alertarle contra la asechanza de otros hombres. Descontenta de sí misma, la química rompe el átomo en el ambicioso afán de penetrar la incógnita de la materia; y la fisión del cuerpo atómico crea paradójicamente el monstruo de dos cabezas de la energía nuclear: átomos para la guerra y átomos para la paz. La biología atisba por la ventana de las neuronas las borrosas vecindades del alma y el perenne misterio de la vida. La técnica realiza la aventura del batiscafo para penetrar los secretos del inmenso y riquísimo depósito de los fondos marinos y para cerciorarse de hasta qué punto es allí factible un ensayo de instalación de la vida humana, acaso como un futuro y desesperado recurso para los hombres de superficie. Y en las cuencas profundas y rocosas del Alto Nilo, hoy convertidas por obra de una técnica implacable en gigantesco reservorio del caudal del río sagrado, diríase que ha brotado del seno de las rocas un impulso recóndito de supervivencia del pasado; y, piadosa ya, la técnica libera del asedio de los embalses a milenarios monumentos faraónicos asentados en las profundidades de la hoya y los transporta, pieza por pieza, a las sedes actuales de otras más jóvenes culturas para materializar allí la

presencia de una remota civilización teocrática hecha piedra y relieves.

Este cúmulo ingente de logros no soñados tiene fulgores de prodigio y un carisma de cuasi-omnipotencia que hacen de esta faceta del mundo actual un paradigma de suficiencia y de inventiva. Pero hay otros aspectos del proceso bio-físico y social que pueblan nuestra era de angustia, de estridencias, de complejidades y de incógnitas. Citaré solamente aquellos que más pertinencia tengan con el tema de este discurso.

La explosión demográfica en el mundo asume las proporciones de un caudaloso rebalse humano que va camino de sustituir la actual sociedad de individuos por una sociedad de masas. La silenciosa acumulación de nuevos seres va repletando el interior de los países y, en ciertos casos, sobrepasando las fronteras para derramarse sobre otras naciones. El advenimiento de esas masas de hombres pone delante de los gobiernos el deber previsor de aprestarse a proveerlas de medios de trabajo, cómo y dondequiera que sea, so pena de dar paso a un problema mundial de desocupación.

Ese acelerado incremento de las poblaciones humanas, que se acentúa en los países de escaso desarrollo, no guarda paralelismo con el ensanche, mucho más lento por cierto, de las áreas cultivadas; en forma tal, que la amenaza de un déficit alimentario se cierne sobre el mundo y afecta ya, de hecho, a no pocos países altamente poblados, con la natural secuela de hambre, desnutrición y enfermedades.

El avance pasmoso del maquinismo reemplaza de día en día a la mano de obra por la tarea puramente automática; y esa sustitución, que exige apenas un personal obrero muy reducido en las labores fabriles, viene a agregar una causal nueva al fenómeno ya temible de la desocupación proveniente de la irrupción demográfica.

El auge de la industrialización multiplica la variedad de las industrias y siembra por doquiera nuevos centros de producción. Este hecho determina explicablemente movimientos fluctuantes de población bajo el anhelo de un mejoramiento económico. En las zonas ya industrializadas, la corriente se enrumba del agro hacia la ciudad, ésta, más rica en circulante y con mejor nivel de vida, atrae al campesino por sus mejores salarios. De su lado, el agro se despuebla y produce menos recursos comestibles. Mientras en la ciudad las urbanizaciones invaden las campiñas y los extramuros se colman de chabolas y barriadas, en las tierras de labranza las parcelas se encogen, los surcos caen en descuido y las acequias sufren de sed. Migración permanente, con esteras al hombro y nostalgia de verdes prados. Inacabable flujo de gentes ambulantes cuyo elemento anímico está hecho de azar y de incertidumbre pero junto a las cuales parece haberse detenido el tiempo para hacer sustantivo y perenne el factor de la transitoriedad.

Un fenómeno semejante de inestabilidad social ansiosa nos ofrece hoy la juventud del mundo, que suma más de una cuarta parte de la población humana. Ella ha nacido — como el siglo — bajo el signo de una honda y multiforme inquietud de espíritu. Tan pronto se convierte eventualmente en una fuerza de masa cuando lleva sus reivindicaciones al campo de la violencia, como se abandona — inermemente — a recursos inhibitorios de su sensibilidad que le nublan el espectáculo de la convivencia social cuyo contacto la hastía, cual si quisiera insinuar con ello una forma de protesta pasiva contra los males de la sociedad presente. Lo grave y trascendente de estas opuestas reacciones es que, mirada en sí misma, la juventud es otra cosa mucho más importante y sustantivo que todo eso: es la promesa del futuro, la reserva más sana de la especie, la materia prima con la que ha de amasarse la sociedad del mañana, el almacigo

en el cual, esperanzadamente, quisiéramos todos palpar cómo germinan las altas calidades de inteligencia, conducta y civismo que marquen la vocación de los próximos conductores de la humanidad. He ahí porqué el problema de la juventud es uno de los que más fuertemente golpean en el espíritu de todo hombre responsable. No entra en el plan ni en la índole de este discurso escudriñar una por una las causas de que pueden dimanar los problemas actuales de la juventud: Influencia —dicen unos— de convicciones ideológicas apasionadas; afán de notoriedad o exhibicionismo— sostienen otros—; consignas de proselitismo político —agrega un tercero—; inducción artera al placer malsano en abuso de la inexperiencia juvenil —replica alguien más—; Pero en medio de estas hipótesis, hay un hecho que se destaca casi siempre: la subversión de los jóvenes es un signo de insatisfacción, de ausencia de conformidad con algo establecido y existente; y esto implica —reconozcámoslo— un juicio condenatorio, una repulsa del hoy y del pasado. Considerado desde este ángulo, el fenómeno no mueve a sorpresa; pues que realmente hay ahora y sobreviven desde un remoto ayer muchos conceptos, normas e instituciones que merecen ruda crítica. El adolescente de nuestros días, tocado por el vértigo de progresos y estímulos de todo orden, adquiere una más temprana conciencia de la vida y muestra una notoria precocidad de juicio y una madurez inusitada. Los periódicos, los libros, la radio, el cine, la televisión le ofrecen el panorama mundial en un minuto y le traen de todos lados reacciones diversas sobre cada acaecimiento importante. No resulta, pues, extraño que puesto a enjuiciar la historia o la realidad cotidiana, el joven de nuestra época diste mucho de encontrar dignos de alabanza y, por el contrario, califique como criticables y negativos muchos de los llamados logros de orden ético, social o político obtenidos con la sangre de dos guerras mundiales en

pro del mejoramiento de la humanidad. Hay que reconocer, por ejemplo, que frente al espectáculo internacional de nuestros días, no son pocos los motivos de desilusión, de discrepancia y de protesta que pueden alegar los hombres, jóvenes y viejos, en toda la redondez del mundo. De ahí que sea legítimo afirmar que si estuviese en lo cierto la interpretación de quienes piensan que el actual malestar de la juventud no es sino una reacción contra esos males, mantenidos por los intereses creados, el momento habría llegado de formular una general apelación a los responsables y, en especial, a los dirigentes de los Estados para que, actuando de consuno bajo el llamado del deber, abran paso a la instauración de un régimen verídicamente nuevo de paz, de justicia y de revaloración de la persona humana, tan mutilada en no pocos de sus esenciales atributos, si quieren sentar las bases de una sociabilidad universalmente fructuosa que devuelva a la juventud la fe que le hace falta.

Como era presumible que ocurriese, el sector estudiantil de la juventud participa de la dinámica de integración humana que caracteriza este período del mundo; y, en movimientos varios, busca tomas de contacto con los sectores juveniles afines de otros países a fin de ampliar y mejorar su propia formación anímica y crear vínculos de una posible acción común en programas sociales o académicos. De su parte, los Estados y los organismos internacionales de cultura colaboran en estos propósitos de extensión de la vida universitaria más allá de cada frontera. Y de este modo, las actividades del estudiante en el extranjero adquieren creciente intensidad. A las asociaciones nacionales de alumnos suceden las convenciones o congresos estudiantiles en el ámbito internacional: el bagaje intelectual de los participantes se enriquece y su escenario institucional se agranda. De otro lado, los sistemas plurinacionales de intercambio de alumnos entre universidades o centros docentes de

diversos países, las becas y bolsas de viaje para estudios en el extranjero, los cursos de post-grado y las carreras de especialización en medios notoriamente adelantados, los estudios en universidades foráneas de quienes no encontraron cabida en las propias por exceso de alumnado; son cosas, todas ellas, que constituyen un conjunto de elementos y recursos que agilizan la movilización de las parvadas estudiantiles de una nación a otra y les permiten obtener la visión cosmopolita y amplia de lo que hay y de lo que pasa en los pueblos amigos y vecinos. Se acentúa, asimismo, de este modo, la vocación universalista de las generaciones del mañana. Más adelante veremos cómo estos fenómenos sociológicos influyen y se reflejan en los dominios del lenguaje.

Hay también un fenómeno social nuevo que merece mención especial no sólo por el influjo que ha cobrado en las costumbres humanas hasta el punto de extenderse por todo el ámbito de la tierra, sino porque tiene incidencia muy directa en los quehaceres y problemas del lenguaje. Me refiero al turismo, tanto interno como internacional. Nace el turismo y actúa con características *sui géneris*, sin relación con determinada edad de la vida, sin arraigo en la tierra, sin vínculos con la labor intelectual, sin contenido institucional, sin tradición en el pasado, pero con enorme fuerza de sugestión y con cierto aire de gitanería trashumante que lo acredita como un recurso de insustituible esparcimiento. El turismo es el viaje: el viaje porque sí, sin ningún aliciente económico, sin ningún objetivo obligado, no condicionado a trabajo alguno, algo así como una plácida y poco menos que ritual apología del ocio. Y a pesar de tan frívolas apariencias y de tanta visible falta de sustantividad, el turismo cumple una misión social laudable y profícua: brindar al cuerpo cansado el reposo que necesita y al espíritu la alegre holganza de darle vacaciones al pensamien-

to; sustituir por la imaginación las funciones del trabajo reflexivo; concentrar a la persona íntegra en la contemplación de la naturaleza y en el éxtasis de la belleza de las obras humanas, sin la cotidiana fatiga de despejar incógnitas, calcular probabilidades, llorar la desgracia ajena o desvivirse por el quehacer establecido. Hay, también, algo de instructivo, una especie de aprendizaje sin esfuerzo, un rápido y plástico cursillo de historia en esta escuela móvil del turismo; porque es escuela con afán de paisaje y libertad que le quita las puertas al mundo y tiene aulas de cielo azul; una escuela adonde las lecciones llegan rociadas de alegría con bullicio de manantiales y donde alternan, en visión directa, para encanto de los ojos, los rebaños de Arcadia con las púrpuras y cerámicas de Corinto, mientras los ancianos del pueblo, por obra de la fantasía, se transfiguran en barbados maestros que parecen patriarcas bíblicos. . . . Mas el turismo es un fenómeno tan pronto poético como prosaico; y a su vera se han creado incontables actividades y gigantes empresas de financiación, de agencia, de transporte, de hotelería, de cambio y bolsa, de bazares, de guía o ciceronato que dirigen, encauzan y proveen el peregrinaje acucioso del turista por las cinco partes del globo.

## II

Todo lo dicho hasta aquí, con tener candente interés para quienes se preocupan por los problemas sociales contemporáneos, parecería inconexo con el aniversario lingüístico que celebramos y ajeno por entero a los problemas prácticos de elocución o a la técnica de la enseñanza gramatical. Pero si ahondamos en el asunto, no podremos menos que admitir la estrecha correlación que existe entre la vida del hombre y los signos de su lenguaje. El hombre vive

su vida activa porque habla. El medio más eficiente y efectivo de conservar la propia vida y hacerla útil a los demás es contar con un instrumento de expresión natural y orgánico que permita enunciar las propias necesidades, ejercitar la intercomunicación con los demás hombres y transmitirles el propio saber y experiencia en un fructuoso intercambio de conocimientos. Sin ello, no se habría hecho la historia. En este sentido, la síntesis que de la importancia del lenguaje hizo Henri Berr (1) no ha sido a mi juicio superada. Sus palabras son éstas: “La mano, el lenguaje: he aquí la Humanidad”. Porque, en efecto, de esas dos cosas está hecha la historia del hombre. Con la herramienta de sus manos el hombre de los primeros tiempos construyó su mundo material. Hasta la invención de las máquinas, LA MANO fue una máquina viviente que realizó logradas maravillas por donde quiera que se mire, desde la aguja de las pirámides hasta la cúpula de San Pedro. EL LENGUAJE ha sido siempre la floración externa del espíritu: La Iliada, Hamlet, el Quijote. Es uno de los dones más completos de la creación, porque lo abarca todo: da nombre y sentido a lo grande y a lo pequeño, al universo y a la hormiga; define lo divino y lo humano; tipifica lo bueno y lo maléfico; profundiza la ciencia pura en el argumento filosófico y descende al llano de lo elemental en el balbuceo del niño. El lenguaje es la mano invisible cuyo contacto con el aire hace vibrar las cuerdas vocales para trocar en sonido inteligente las ansias de la materia corporal. Pero es más: en este estudio, otro motivo de asombro nos espera: “Lenguaje” es facultad de comunicación. *El lenguaje*, como medio expresivo, es uno sólo; pero *las lenguas* son múltiples, casi diría innumerables. Cierta número de hombres se agrupa al rededor de cada

---

1. Henri Berr, Prólogo a “La Humanidad Prehistórica”, Biblioteca “La Evolución de la Humanidad”, Editorial Hispano-americana. México. D.F.

lengua en la medida en que lo determinan factores más bien presentidos que definitivamente identificados: la unidad de raza, los mitos del ancestro común, las improntas de la historia, la idiosincrasia del carácter nacional, el influjo de las costumbres locales, el ambiente del hogar familiar, el humus del agro viejo, los accidentes del clima, la dureza o belleza del paisaje, los aspectos de la flora y la fauna y, finalmente, los rasgos propios del temperamento individual de las gentes. Del amalgamamiento de todos estos factores en cada espacio geográfico han nacido las lenguas. Como es fácil echar de ver, en cada lengua hay un poco del medio telúrico, un poco de la madre y un poco de la patria. Por eso el campo tiene su acento en boca de sus labriegos, el hijo habla la lengua de su madre y el ciudadano habla la lengua de su pueblo. Pero en medio de esta variedad, una firme característica se destaca, como nota esencial, en cada uno de estos grupos lingüísticos: el afán de expresarse, la voluntad de entenderse, la decisión de aglutinarse en un propósito común de comunicación recíproca, a través de los meandros de las hablas parciales o nacionales: gratos meandros ribereños que, como en los grandes ríos, llevan todos a la desembocadura de un elíptico lenguaje universal. Así asistimos al nacimiento de las lenguas, presidido por el noble atributo de la espontaneidad popular que en este caso se identifica con la libertad. Espontánea y libremente, los pobladores de cada región entablaban entre sí sus contactos orales portadores de pedidos, deseos o enseñanzas, empleando los signos de su lengua incipiente; y, libremente también, esos hombres, en un ensayo de aproximación coordinada, intentaban simbiosis imperfectas o dialectales para entrar en relación con otros pueblos de lenguas diferentes. Ninguna valla fue opuesta a este intercambio. Ningún permiso previo podía anteceder a ese proceso natural del estallido del habla en la aurora remota de las edades;

por el contrario, fue aquella sin duda alguna una eclosión jubilosa y rebotante del íntimo bullir de las ideas en las almas sencillas de los seres humanos. La libertad más amplia presidió, pues, esas primeras manifestaciones del poder de expresión del pensamiento: irrefutable y hermosa partida de bautismo de esta tan noble facultad que las Naciones Unidas han consagrado nuevamente en la Carta de los Derechos Humanos.

Como lo tengo ya dicho, en el decurso del tiempo la población humana se ha multiplicado asombrosamente; y esa explosión demográfica compromete hasta extremos difíciles de prever el porvenir de nuestra especie. Para la solución del problema en su aspecto internacional o exterior se comienza a organizar sistemas de migración que descongestionen los medios más densamente poblados donde la desocupación asoma y lleven su carga humana a lugares económicamente más activos por el desarrollo de la industria, donde la mano de obra no se da abasto. De hecho, existen ya en algunos países de industria poderosa colonias importantes de asalariados extranjeros que suplen la insuficiencia de jornaleros nativos. Estos movimientos migratorios determinan, como es natural, no pocas dificultades prácticas cuando las lenguas de los países que intervienen son diferentes, pues la comunicación oral entre los obreros foráneos y los habitantes oriundos de la zona industrial se hace torpe, deficiente o nula. Si el inmigrante no conoce el idioma del país de su nueva residencia, debe aprenderlo a breve plazo; por no ser verosímilmente probable la solución inversa del obrero local que estudie el idioma del visitante. Se impone en estos casos la creación de escuelas nocturnas de emergencia para la enseñanza de la lengua adecuada en los respectivos centros fabriles. Aun poniendo de lado los casos de irrupción demográfica, análogos fenómenos y dificultades se producen cuando se trata de viajes al extranje-

ro determinados por la necesidad de estudios o el desempeño de comisiones con duración más o menos dilatada en terceros países. Tal sucede, por ejemplo, en los casos de estudiantes que han de hacer uso de becas, tomar cursos de especialización o perfeccionamiento o seguir carreras profesionales en universidades o institutos de fuera del país. En tales casos, lo deseable es que el estudiante salga al exterior provisto ya de la posesión de otras lenguas distintas de la materna, para hacer frente a la situación que se le espera, sin tener que perder previamente un tiempo precioso en su preparación lingüística. Finalmente, el turismo exterior es otro de los fenómenos sociales que plantea a quienes ejercitan esta actividad la conveniencia de conocer las lenguas de los países que han de visitar o por lo menos las que se reputan como las más difundidas en el mundo. Sin esa preparación remota no se comprende qué interés puede mover al turista a visitar museos, monumentos y lugares históricos o a concurrir a representaciones teatrales de calidad, cuando le falta el instrumento idiomático indispensable para asimilar las explicaciones que recibe o el contenido de las obras que se desenvuelven ante sus ojos. Si hay una cosa evidente es que el efecto útil de un viaje, la dimensión del goce de sus impresiones estéticas, la posibilidad de captación de los datos históricos locales son atractivos desperdiciados y motivos de frustración para el viajero que hace turismo sin poseer el dominio de las lenguas adecuadas. Y ya en un campo más vasto, viviendo como vivimos en un mundo cosmopolitizado en el cual la intercomunicación cultural, económica, técnica, política y de pasatiempo reclama relaciones recíprocas entre los individuos de todas las nacionalidades, el instrumento idiomático resulta un nexo indispensable para responder con eficiencia a ese llamado de la integración universal. Comprensivos de esta verdad, varios Estados tienen prescrito en sus leyes el aprendizaje

obligatorio de uno y aún de dos idiomas extranjeros aparte del propio. Una experiencia no contradicha demuestra que la edad más propicia para ese aprendizaje es la de la primera infancia, en la cual el niño aprende sin esfuerzo alguno y casi instintivamente la nueva lengua, con igual facilidad que la nativa. En suma: el mínimun usual de elementos auxiliares requeridos por el hombre de nuestro tiempo para el ejercicio de la vida civilizada, se ha aumentado apreciablemente; y uno de esos elementos, la posesión de idiomas, que las circunstancias sociales no exigían medio siglo atrás, resulta ahora indispensable desde la educación elemental.

Un efecto inevitable de la congestión de masas debida a la explosión demográfica viene siendo la proliferación del desaliño en el rigor gramatical de las lenguas. Dificilmente en el caudal heterogéneo de esa corriente humana cabría concebir los atributos de la frase cuidada, de la dicción correcta, de la articulación neta y distinta, de la pulcritud en la forma. Afanosa labor será para los maestros la prevención y corrección de estas corruptelas; y función preionante para los lingüistas la de ensayar su extirpación del habla popular. No es que esto signifique pretender atajar en el idioma la espontánea vena popular, recia y sincera; ni preconizar dentro del pueblo el cultivo de un purismo que sólo es exigible en los sectores especializados y cultos; pero sí va implicada en mis palabras una invitación a pensar que estamos todos obligados a mejorar y pulir los instrumentos orales de vida del hombre de la calle en la misma medida en que nos empeñamos por darle cada día una dosis mayor de conciencia y un más alto nivel de cultura. Instrumento valioso es el lenguaje para alcanzar las metas que en su vida se propone alcanzar cada individuo; y el aprender a manejar ese instrumento debe ser para cada cual uno de sus más caros objetivos. Admito que reneguemos de los

campesinos que presumen de bachilleres o del barrendero que busca la etimología de la escoba; pero convengamos en cómo es una verdadera delicia de la mente y un regalo del oído escuchar el habla sana y expresiva, viril y donairo-sa de tantos rústicos poblados españoles cuyos gañanes y posaderos mantienen los jugos del idioma en medio de su cháchara festiva, sin que el habla vulgar se toque de gro-sería ni los apremios de la novedad introduzcan en el voca-bulario lugareño la voz extranjerizante ni la jerga procaz. La espontaneidad del habla popular, que es su mejor pre-sea, no está reñida ni con las normas de la decencia ni con los dictados del buen gusto; y el ingreso de un pueblo a la cultura se marca precisamente por la armoniosa confluencia de lo genuino, lo castizo, lo decoroso y lo bello. Por eso —y respetando lo que en ellos haya de recta intención— yo creo que no realizan labor de verdadero provecho para el pueblo los órganos de publicidad que, a fin de dar realce a las pe-culiaridades del habla popular, difunden expresiones de un lunfardo extremo o de un argot ininteligible que maltratan la prestancia de nuestra lengua y perturban su correcto aprendizaje.

Volvamos ahora al tema de la influencia que los movi-mientos demográficos ejercen sobre la morfología y la foné-tica de los idiomas. Hemos visto cómo actúan esos movimien-tos cuando se producen de país a país, es decir, en la esfera de la relación internacional. Ahora nos toca ver sucinta-mente cuáles son los reflejos de ese constante flujo de habi-tantes del agro a las poblaciones cuando tal movilidad se efectúa dentro de un mismo país. Y permítaseme —para una mejor comprensión— tomar como modelo el fenómeno pe-ruano de las migraciones internas.

Desde luego, entre nosotros actúan como causas del fenómeno las mismas dos que ya arriba hemos enunciado: el aumento numérico de la población nacional y la indus-

trialización progresiva de la costa y de unos pocos sectores de la sierra cisandina. En el macizo central de los Andes (Huánuco y Junín) y en la altiplanicie del Collao (zona del lago Titicaca) rigió desde la Colonia el régimen del latifundio; y este hecho no dio cabida sino en proporción muy limitada a la pequeña propiedad para agricultores nativos, salvo en determinadas tierras de comunidades. El resultado fue que el excedente agrario de modestos residentes indígenas, aumentado de año en año por el incremento de la natalidad, se vino descolgando hacia la costa y buscando nuevo "habitat", especialmente en los departamentos de Lima, Ica y Arequipa. Bajo el aspecto industrial, la mayor concentración de instalaciones fabriles buscó siempre la capital; luego, el movimiento de industrialización, si bien insuficiente y recortado por incomprensivas restricciones del centralismo, avanzó hacia otras ciudades de la costa por el Norte y por el Sur y a una que otra ciudad serrana (Cajamarca, Arequipa, Cuzco). En la selva, el fenómeno tuvo caracteres peculiares y propios; tras el pasajero auge del caucho, los aserraderos de Loreto representan hoy por hoy una contribución mínima al desarrollo a que está llamada la Amazonía. Así, la expansión industrial del Perú ha nacido y se mantiene defectuosa, sin que el país pueda contar hasta el presente con un número apreciable de ciudades como centros económicos de desarrollo que fomenten una distribución racional de nuestra población trabajadora, como ha ocurrido, en cambio, en Colombia, Brasil y Chile bajo una sensata política de descentralización industrial. Tal vez nuestra joven industria pesquera, implantando sus factorías a lo largo de la costa como lo ha hecho en Chimbote, alcance a disimular en parte este notorio desequilibrio en la repartición geográfica de los focos de la industria nacional. El hecho es que al llegar a la costa los grupos de población desalojados de las serranías desencadenan dos series de fe-

nómenos: en cuanto a la raza, un avance en el proceso de mestización por los enlaces entre el elemento aborigen venido de los Andes y la gente blanca de las ciudades; y en cuanto al idioma, una incrustación de quechuismos y de la entonación o acento quechua en el habla española de los pobladores costeños. Así, en los últimos veinte años, el agradable palabreo con resabios castizos de los antiguos chacareros arequipeños va desapareciendo con sus vidas, y el habla campesina se ha injertado de voces serranas y del dejo característico de la gente del altiplano. Este problema del bilingüismo reclama la más viva atención de parte de los centros de enseñanza; porque al ser afectada por el mutuo contacto la pureza de las dos lenguas, desmerecen a un mismo tiempo su calidad estética y su personalidad idiomática. Ciertamente, en casos como éste la aplicación de un remedio directo o inmediato resulta poco menos que irrealizable; pues aquellos que incurren en los vicios verbales anotados son elementos adultos de una masa ya en plena independencia de vida y de actitudes, hasta la cual no llega ninguna disciplina docente ni influyen mayormente recomendaciones de buen consejo. Por eso, lo importante es salir al encuentro del peligro de contaminación en las generaciones jóvenes, sujetas en escuelas y colegios a la autoridad didáctica de los maestros. Esta consideración nos induce a reabrir, para un análisis más completo, el tema de la juventud.

De algún tiempo a esta parte, las condiciones de ambiente en que el maestro ejerce su tarea en las escuelas y colegios han variado diametralmente en relación con las que prevalecían a comienzos del siglo. En ese entonces, la autoridad del maestro en cuestiones de disciplina era poco menos que absoluta; y en materias de enseñanza tenía peso incontrastable: Alcanzaba todavía cierta vigencia en las aulas el apotegma del "Magister dixit". El niño que ingresaba a

la escuela era sustancia virgen, masa impoluta a la cual el maestro amoldaría hasta infundirle percepción y juicio. Pasaba el niño del hogar al colegio derechamente, rozando apenas la calle sin conocer las vueltas de la esquina; y, por lo mismo, sin contactos extraños, sin pájaros en la cabeza ni fantaseos con la luna. Por lo tanto, la labor del maestro era simple y segura: tenía en el infante el receptáculo exclusivo de su saber docente; y sus lecciones constituían el libreto básico de la preparación futura del discípulo. Hoy el panorama de la escuela ha cambiado: Los alumnos llegan a ella con desembarazo, más poseídos de sí mismos. Aún no entrados en la adolescencia, su vida de escolares alterna con otros horizontes: los deportes, el cine, las playas. Todo ello les crea vínculos colectivos, trato con otros muchachos y con el hombre de la calle; y en estos medios se mueven a sus anchas, pródigos en la charla, ágiles en la captación de sucesos y en la audición de comentarios. Cuando llega la hora de la escuela, su entrada al aula no tiene ya el aire encogido de otros tiempos. La timidez reverencial hacia el maestro se hace franqueza sencilla, dispuesta al diálogo, a la discrepancia y a la réplica. En la clase de Castellano, el lenguaje penetra en el aula antes por boca del estudiante que por el dictado del profesor; pero el chico se expresa con su propia gramática, con la traída de la calle, abigarrada y defectuosa, aunque pintoresca. La lección gramatical del maestro viene a ser entonces no ya una iniciación en el buen hablar caída en terreno virgen, sino una corrección discreta de los yerros del educando. Y en éste último, la función de "aprender" se torna de hecho en función de "rectificar", con el consiguiente recargo en el esfuerzo mental y el seguro menoscabo del buen humor. Pero éste no es sino el tropiezo inicial de la laboriosa tarea que al magisterio nacional se le espera en la enseñanza de nuestra lengua. Otros obstáculos emanan de la diversidad de proce-

dencias de los alumnos según que sean venidos de tal o cual región del país donde rige el empleo de locuciones o modismos viciados, de variantes fonéticas bastardas o de adulteraciones semánticas impropias que en conjunto originan un habla postiza y subalterna. En los libros de texto, destinados con caracteres genéricos a toda la república, no es posible encontrar prevenciones o remedios contra estos casos concretos de irregularidades lingüísticas pues ello exigiría lanzar textos regionales múltiples donde los tales vicios pudieran ser aludidos e impugnados. Debemos, pues, llegar a la conclusión de que en esta materia la responsabilidad directa y principal del aprendizaje correcto del idioma recae sobre los maestros. Es la voz del maestro, su poder persuasivo, su posesión versada de la materia que enseña lo que, tomado en conjunto, constituye condición básica de la asimilación de sus lecciones por los alumnos que le escuchan. La enseñanza de un habla genuina y correcta, liberada de las impropiedades y lacras que el uso viciado introduce en ella, tiene por fuerza que ser una enseñanza analítica, casuística, en la cual se corrijan las fallas una por una y caso por caso; y esto sólo puede ser obra de cada profesor en el recinto de su escuela. La tarea personal del maestro es parte de la metodología de esta clase de enseñanza. Y el complemento deseable de un buen plan escolar en esta etapa elemental de la pedagogía del idioma debería ser la instauración del trabajo asociado o colectivo de los maestros, agrupados por comarcas lingüísticas en reuniones del habla de su región, con el examen detallado de los defectos allí reinantes; para, finalmente, adoptar tomas de rumbo, directivas concretas a las cuales ajustar en adelante el dictado de sus lecciones. Si por escasez de personal docente suficientemente especializado no fuese por el momento viable esta fórmula, los sistemas audio-visuales pueden llenar aquí su cometido. Mediante impresiones televisadas cuyo texto

sería encomendado a profesores de gran calidad pedagógica, toda una serie de lecciones sobre los defectos del lenguaje en cada región y en los diversos estratos sociales podría ser difundida, en las escuelas y ante el público, en centenas de exhibiciones y para miles de auditores. Un método como éste no sólo garantizaría la eficiencia profesional de las lecciones, sino que ahorraría al Estado la contratación de un buen número de maestros en esta rama lingüística de la docencia.

No deseo que esta insistencia mía en promover la preservación de los valores esenciales del lenguaje suene a nota exagerada o a un adusto hermetismo de criterio. El caso es que todo el proceso de la cultura está por esta causa comprometido; y esto no es poca cosa. Las ciencias todas, las letras, las artes, la técnica, la política, las profesiones se valen del lenguaje para exponer sus postulados, hacer tangibles sus bellezas, trazar sus objetivos, desentrañar sus problemas y justificar sus conclusiones; y no es en modo alguno concebible que obra tan formidable por su trascendencia esté a merced de un instrumento expositivo deficiente. No alcanzo a imaginar una ley matemática, de suyo neta y precisa, enunciada en términos vacilantes o confusos; ni que una refinada concepción poética resulte volcada al idioma en un estilo pedestre y vulgar. La invención de la lampara de Edison reclama, puesta en palabras, una descripción llena de brillo y exultante; y el hondo soliloquio de Hamlet no podría ser interpretado por el liviano verbalismo de un bufón de Corte. El orador auténtico no triunfa con discursos ramplones; y el estudiante universitario defrauda a la gramática cuando en sus pruebas escritas muestra ignorar la existencia de los signos ortográficos. El lenguaje es algo así como un finísimo escalpelo que nos abre y descubre la entraña viva de las cosas para hacérsolas ver en su verdad genuina; y esa función esclarecedora no condice con un ha-

bla impropia que encubre las ideas con sus conceptismos o las deforma con sus anbigüedades. Estas fallas sin excusa, síntomas de descuido, desorden y anarquía, están en abierta pugna con el florecimiento que en nuestros días ha alcanzado la cultura humana, cuyo ámbito intelectual se ha ennoblecido extraordinariamente por obra de los logros de la ciencia y el vuelo del espíritu. Tan admirables desarrollos crean deberes; y el ritmo que, por ende, se impone en todas las expresiones de la vida cultural ha de corresponder a ese proceso de ritmo interno, de depuración creciente, de ascensión incesante, de escrupulosa y medida seriedad que caracteriza a la creación artística, a la elucubración científica y al afán filosófico. Por eso el mundo de hoy es exigente: no tolera culpables excepciones a las excelencias logradas. Y el lenguaje, como supremo medio de expresión de la cultura, no puede sustraerse a esta tendencia de lucha por la perfección. Demos calidad al lenguaje para ponerlo a tono con la prestancia altísima alcanzada por el pensamiento del hombre.

Y dicho está, con lo dicho, cómo a todos nos incumbe en este asunto de las lenguas contribuir a la tarea de su cuidado y vigilancia en la esfera de nuestras respectivas disciplinas intelectuales. Como otras cosas en el mundo, la dimensión lingüística se ha hecho inmensurable, pues queda fuera de cuentas el número de idiomas y dialectos que la investigación científica ha descubierto en las cinco partes del globo. Sólo un trabajo inacabable de investigación lingüística puede inquirir y abordar la suma de problemas y de sorpresas que ese fenómeno depara, a efecto de extraer consecuencias generales de orden histórico y técnico. El investigador de vocación no circunscribe su tarea al recinto de la escuela, donde está el maestro, ni a las paredes del laboratorio de idiomas donde se acopian, como preciosa materia prima, los archivos de datos recogidos *in situ* por otros expertos en lenguas. El investigador —decía— bajo el acicate de su afi-

ción, se hace un lingüista ambulante que surca mares y atraviesa montes para descubrir en el cabo de una isla o en la maraña de un bosque la guarida de un dialecto o para recoger al vuelo la mariposa de un vocablo. Y detrás, otros como él: el etnólogo, el filólogo, el etimologista, el lexicógrafo, el fonemista, el gramático, confundidas las vocaciones en un solo ideal de descubrimiento, siguen la ruta abierta por su predecesor para continuar, hermanados con él, la esforzada cacería de mariposas. . . Así se forja la lingüística; y así se alcanzan a percibir, en la hondura remota de los tiempos, los primeros principios del milagro, los atisbos iniciales de la producción del sonido articulado en las torpes gargantas primitivas, la misteriosa técnica de la onomatopeya, las fuentes iniciales —en suma— de lo que habría de ser el Verbo humano. Ya en un escenario más estrecho, ceñidos al ámbito de cada nación, es a los maestros del lenguaje en el recinto de las escuelas y colegios a quienes toca enrumbar a la niñez y a la adolescencia por el camino del estudio y del buen uso de su propio idioma; y ese es precisamente el momento en que esos mismos maestros, en trance de consulta y aún en demanda de colaboración, acudirán a aquellas autoridades de la ciencia del habla, a esos investigadores profesionales que laboran en todos los países, como el recurso más sólido e ilustrativo con que pueden contar para resolver con un criterio de coordinación científica los problemas de uso y abuso del idioma que se les presentan en el aula.

De más está decir que en este marco de colaboración, de muy claro sentido social, se incluyen las Academias de la Lengua Española que, precisamente por la especialidad de su cometido en múltiples y variadas regiones del mundo, sienten sobre sí y asumen de buen grado la responsabilidad de actuar al servicio de sus pueblos y del idioma popular. No es ya, por, fortuna, realista ni verídica esa imagen con que otrora se presentaba a la institución de la Aca-

demia como un cónclave cerrado e indolente que, recogido dentro de sí mismo, esquivaba el diálogo con los hablantes de su propia lengua. Hoy las Academias alternan con las instituciones de vida intelectual paralela, absuelven consultas de gobiernos y autoridades, participan en el fomento de la cultura y siguen asiduamente la evolución del lenguaje popular. En América, esas actividades se revelan principalmente en los aspectos de difusión publicitaria de obras señeras y en la elaboración silenciosa, pero efectiva, de trabajos lexicográficos que constituyen aportes técnicos regionales a la labor de la Academia Central de Madrid. No querría omitir a este respecto en lo que concierne a la Academia Peruana de la Lengua la mención de dos hechos que muestran cómo nuestro Instituto no es ajeno a la promoción de la cultura nacional. En primer lugar, y cumpliendo una de las atribuciones específicas que su estatuto le señala, cual es la de divulgar el conocimiento de los autores peruanos, acabamos de publicar una edición crítica de la obra poética de Mariano Melgar, el vate arequipeño cuya vida fue un doble ejemplo de vocación por el arte y de valiente inmólación patriótica. Incluye esta edición gran número de composiciones inéditas cuyos originales o cuyas copias han sido brindados con gentileza digna de alabanza por destacados intelectuales de varias ciudades del Perú y del extranjero. En segundo lugar, y para cubrir otro aspecto capital de sus fines, la Academia Peruana mantiene desde hace algunos años una Comisión de Filología que integran junto con varios de sus Miembros de Número, otros distinguidos profesores y estudiantes especializados en cuestiones lingüísticas. Funciona en esta Comisión un seminario de Lexicografía; y sus "papeletas lexicográficas", previo riguroso examen, son enviados a la Real Academia de Madrid y a la Asociación de Academias de la Lengua, con vistas a la incorporación de nuevos "peruanismos" y "ameri-

canismos” en el Diccionario oficial de la Lengua. En el Boletín de nuestra Academia, que aparece desde 1967, se encuentra detallado el contenido, realmente sugestivo e interesante, de esas “papeletas”. —Válgame la oportunidad para encomiar esta faceta de la actividad lingüística, que se esfuerza por enriquecer el acervo del idioma con los nuevos aportes que ofrecen, de un lado, el habla del pueblo en la múltiple realidad geográfica, y de otro lado, el progreso de las diversas ramas científicas al descubrir hechos, cuerpos, calidades y fenómenos antes no conocidos y que, por tanto, no tenían expresión idiomática consagrada.— Este dinámico fenómeno del crecimiento de las lenguas por suma o agregación de vocablos es una prueba de su vitalidad; pues ellas son, en efecto, seres vivos, realidades animadas que se acoplan y compenetran con el conjunto o grupo humano al cual sirven de medio de expresión; y en tal sentido, las transformaciones espirituales y sociológicas que esos grupos experimentan van siendo registradas por la lengua respectiva en nuevos signos sonoros, en vocablos flamantes que ponen al día y completan el contenido ideológico de las hablas popular y culta. —Frente a la censura que merecen las corrupciones del lenguaje por direcciones o giros viciados o por la admisión de vulgarismos, cabe aquí, y fervorosa, la alabanza por la incorporación de esas nuevas voces útiles que traen a los diccionarios de la Lengua el aliento y el encanto del habla popular y que, sin forzar ni torcer la índole propia del idioma, le invisten con su cabal indumentaria que es a la par, de tradición y de progreso, en armonía con las épocas y con las circunstancias sociales.

Celebremos, señores, en esta Fiesta del Lenguaje los excelsos poderes que éste nos ha dado: hacer tangible en la voz humana el destello intangible del pensamiento; y volcar en letras la plegaria para aprender a hablar con Dios.